



## Á ROMA

---

Aun niño, me contaron  
Un *no sé qué* de césares y reyes,  
De alcázares que alzaron,  
De imperios que asolaron  
Para escribir con sus escombros leyes.

Y yo me imaginaba,  
Allá en mi débil pensamiento loco,  
Cuando en Roma pensaba,  
Que cuanto grande hallaba  
Para fingirlo en Roma, era bien poco.

Palacios imperiales,  
Circo y templos, acueductos, fuentes,  
Trofeos colosales,  
Obeliscos triunfales,  
Termas, jardines, pórticos y puentes;

Perfumes, y oro, y ruido,  
Y sabios, y vestales, y guerreros,  
Soñé desvanecido:  
Y todo confundido,  
Como los días de mi edad primeros.

Pobre niño ambicioso!  
No conté con las sordas tempestades  
De un tiempo proceloso,  
Que te arrebatara impetuoso  
Reyes, palacios, gentes y ciudades.

Y ciego y exhalado,  
Al impulso de mi joven fantasía,  
Voyé desatentado  
A ver lo atesorado,  
Lo que pensaba yo que no moría.

Tras ese haz de despojos  
Que al ancho Tíber las espaldas doma,  
Me prosterné de hinojos,  
Para tornar los ojos  
A sorprender la eternidad de Roma.

Y ahí encontré tendida  
Esa Roma, terror de las naciones,  
Desplomada y hundida;  
Ramera embrutecida,  
Hija de lobos, madre de Nerones.

Leona agonizante,  
Que rabiosos los tigres dividieron,  
Y á su raza triunfante,  
La presa palpitante  
De sus cachorros en venganza dieron.

Púrpura del tirano  
Que dió su vida en prenda de mil muertes,  
Y el esclavo villano,  
Con insolente mano,  
Echó sobre ella y sobre el trono suertes.

¿Qué se hicieron, señora,  
Tus severos y nobles senadores?  
Tu gente vencedora,  
¿En dónde oculta ahora  
El sitial de tus libres dictadores?

¿Dó están los ciudadanos  
Que nacían señores de la tierra,  
Vasallos soberanos,  
Cuyas potentes manos  
Daban al universo paz ó guerra?

¿Dó están esas legiones  
Que á su placer la púrpura ofrecían,  
Y por altas razones,  
A las otras naciones  
Enviaban nuevo rey cuando querían?

¿Dó están esos valientes  
A quien seguían miles de soldados  
A avasallar las gentes,  
Arrastrando insolentes  
Los vintos reyes á su triunfo atados?

¿Dó está, Roma caída,  
Aquella multitud que iba serena  
A tus circos, servida  
Con ver cómo la vida  
Jugaban sus esclavos en la arena?

¡Tú sola te perdiste!  
¡Tú sola ¡oh Roma! tu grandeza hollaste,  
Pues la prez que te diste  
Velarte no supiste,  
Y tu seno con crímenes manchaste!

Porque diste humillada  
A un César un puñal y una corona,  
Su raza entronizada  
En tu cerviz hollada,  
Por eso cantos de furor entona.

Por eso en sus salones  
Tus matronas tomó por concubinas;  
Por eso á sus legiones,  
Con tan torpes lecciones,  
Hizo á Roma poblar de Mesalinas.

Y en su embriaguez y hartura,  
Contando como perros sus vasallos,  
Quisiera en su locura  
Esa progenie impura,  
Palacios levantar á sus caballos.

Y por eso, de flores  
Coronada la sien, iban beodos  
Esos emperadores,  
Los crímenes mayores  
A presenciar, para saberlos todos.

Por eso ardías, Roma,  
Mientras Nerón al resplandor cantaba:  
Y al par que se desploma  
Tu grandeza, el aroma  
Del humo ardiente tu señor gozaba.

Por eso en tus hogueras  
Morían inocentes los cristianos,  
Y tus legiones fieras,  
En dobladas hileras,  
Apoyaron la ley de tus tiranos.

Por eso del Oriente,  
Tras el pendón del Redentor divino,  
Bravo tropel de gente  
Vino, y clavó en tu frente  
El Lábaro triunfal de Constantino.

Y por eso más tarde,  
Tu hora fatal atentos esperaban  
¡Y ansiando que no tarde!  
Los que en vejez cobarde  
Del desierto al lindel te contemplaban.

El desierto dejaron  
Los que tu fértil, opulento y rico  
Imperio devastaron;  
Y en sangre se bañaron  
Las formidables hordas de Alarico.

Del desierto vinieron  
Los hijos de esa raza que aniquila  
Cuanta pompa en ti vieron;  
Y tus muros se hundieron  
Bajo el caballo del sangriento Atila.

«¡Sangre! ¡Exterminio! ¡Fuego!  
»¡Cebaos ahí en carne de villanos!»  
Gritaba, de ira ciego.  
«¡Que no se encuentre luego  
»Uno con libertad de esos romanos!»

»Sangre á beber vinimos.  
»¡Hartaos de sangre, mis sedientos perros!  
»¡Doquiera que estuvimos,  
»Que muestre que vencimos  
»La marca funeral de nuestros hierros!

»¡Sangre! ¡Exterminio! ¡Fuego!  
»¡Sangre, lebreles! Si sus dioses hallo  
»Y hasta su templo llego,  
»Venid á verlos luego  
»Atados por los pies á mi caballo.»

Y así Atila clamando,  
Giró en carrera rápida y violenta,  
Sus tigres azuzando,  
La ancha espada mostrando  
Hasta el torcido gavilán sangrienta.

¡Fiesta horrible, espantosa;  
Festín de sangre en tu recinto dieron!  
¡Oh Roma poderosa!  
La sangre generosa  
De tus hijos, los bárbaros bebieron.

La compasiva luna  
Requirió los cendales enlutados  
De la sombra oportuna,  
Por no ver tu fortuna  
Hecha presa y botín de sus soldados.

¿Qué te quedó aquel día  
¡Oh Roma! de tu espléndida grandeza?  
¿Quién lloró tu agonía?  
¿Quién, como tú, gemía,  
Sosteniendo en sus brazos tu cabeza?

¡Otra amorosa gente,  
Víctima del furor de tus tiranos,  
Enjugó diligente  
El sudor de tu frente  
Con maternales y dolientes manos!

Otra raza más pura,  
En vez de tus Penates y tus Lares,  
Te prestó en tu amargura  
Otro Dios de ventura,  
Otro templo mejor y otros altares.

Mas tú, infame ramera,  
Por el antiguo vicio ya estragada,  
A tu maldad primera  
Volvistes altanera,  
Tal vez sin fuerzas, pero no cansada.

Y tornaron más fieros,  
Con leyes de piedad, otros Neronos,  
Que lobos carniceros,  
Con pieles de corderos.  
Volvieron á dar *sangre* á las naciones.

Y tornaron, profanas,  
A levantarse torpes concubinas

Tus bellezas livianas,  
Tornaron las romanas  
A aprender el papel de Mesalinas.

Y tornaron ladinos,  
En lugar de tus monstruos imperiales,  
Otros reyes dañinos  
En faz de peregrinos,  
Ornados de capelos y sayales.

¡Tuya es la culpa ¡oh Roma!  
Tuya es la culpa y de tu suelo ardiente  
Si te hundió tu carcoma,  
Del rojo sol que asoma  
Por ese azul y voluptuoso Oriente!

Culpa es de esos jardines  
Que brotan fuentes, y árboles, y flores,  
Y toldos de jazmines,  
Que inspiran los festines  
Y el vértigo carnal de los amores.

Ciudad de las ciudades,  
Aguila vieja, cuya frente hollaron  
Las negras tempestades  
En que tus mil edades  
Sobre tu cana frente reventaron.

¡Adiós, con tus señores! [quila,  
Y ¡guay! que mientras tú duermes tran-  
No tornen vencedores  
Los tigres vengadores  
De las legiones del sangriento Atila.

¡Guay, no vuelva azuzando  
Sus tigres de su cólera violenta,  
Sin compasión clamando,  
La ancha espada mostrando  
Hasta el torcido gavilán sangrienta!

«¡Sangre! ¡Exterminio! ¡Fuego!  
»¡Sangre, lebreles! Si sus dioses hallo  
»Y hasta su templo llego,  
»Venid á verlos luego  
»Atados por los pies á mi caballo.»

